

PRIVADOS DE LIBERTAD PERO NO DE CIUDADANÍA

Derecho era lo único que se podía estudiar en las cárceles argentinas. Hasta que una experiencia de comunicación universitaria llevó sus talleres de radio y de expresión gráfica a las prisiones de la provincia de Buenos Aires. El proyecto del que participan la Facultad de Periodismo de la Plata, el Ministerio de Justicia y el Servicio Penitenciario Bonaerense ya pasó por más de diez penales. El resultado fue mucho más que programas y periódicos de gramática propia y narrativa potente. El próximo desafío: poner la carrera de Periodismo al servicio de las personas privadas de su libertad.

María Eugenia Ludueña
marulalala@gmail.com

Licenciada en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Ha trabajado en las dos principales editoriales de revistas de la Argentina: Perfil y Atlántida. Colaboró con los diarios La Nación y Página/12, con la revista Hecho en Buenos Aires y otras publicaciones. Hoy se desempeña como redactora en la sección Sociedad del Diario Crítica de la Argentina. Ha participado de talleres de perfeccionamiento de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano. Recibió un Premio Pléyade a la Mejor Investigación en 1998 y una beca de investigación periodística de la Fundación Avina en el 2006.

1. Estamos en el aire: San Nicolás

Diez puertas de rejas que parecen las de una jaula: están cerradas con llave y por cada una de ellas hay un guardia de seguridad armado. Este lunes se van abriendo, *cling, clang*, apenas lo que dura un suspiro para dejar pasar a las tres profesoras que han llegado a la unidad penal N° 3 a dictar el taller de radio. Todo porque aquí cada uno de los alumnos está acusado de haber cometido un delito. Esos diez cerrojos separan a los alumnos de las calles de San Nicolás de los Arroyos, ciudad de la provincia de Buenos Aires donde queda la prisión. Pero estos estudiantes ya aprendieron a pasar por la cerradura y la abren con un birome (esfero), con un grabador, con una palabra. No es delito, es una de las experiencias del proyecto “Comunicación en cárceles” que llevan adelante docentes de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), por un convenio impulsado desde el Ministerio de Justicia de la provincia de Buenos Aires y el Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB). El proyecto surgió en el 2005 y ya paseó con sus talleres de radio y de periodismo gráfico por diez cárceles de la provincia de Buenos Aires.

Un taller modelo

Recostada en el río Paraná, sobre una moderna autopista que conecta a las dos ciudades más grandes del país, Buenos Aires y Rosario, San Nicolás de los Arroyos tiene de qué sentirse orgullosa. Campos fértiles donde pastan vacas de postal. Un puerto del que parten buques cargados de cereales y de acero. Una de las grandes fábricas de Siderar, la siderúrgica más importante de la Argentina. Está también Nuestra Señora del Rosario de San Nicolás, la Virgencita que dicen se apareció en 1983 a una nicoleña sencilla, y convirtió a la ciudad en una meca de turismo religioso que convoca a dos millones de peregrinos al año. Y está la cárcel de San Nicolás, que es un orgullo para las profesoras que ahora entran a dar clases porque de todo este proyecto de comunicación en cárceles, se comenta que el taller que mejor funciona está acá. Ellas no lo dicen, pero otras fuentes me lo han confiado y también me han pasado el dato crucial: es el único curso mixto que existe en unidades penales, un ejemplo. Porque si bien la unidad no es mixta, tiene un anexo femenino y ninguna actividad en común. Salvo ésta.

Este taller de radio en la Unidad 3 de San Nicolás, lo dictan tres profesoras jóvenes de la Facultad de Periodismo: Mercedes Nieto, Natalia Zapata y Yamila Barrera. Todas viven en la Plata. Para dar clase les toca recorrer 311 kilómetros hasta llegar a San Nicolás. Como el viaje es largo –cuatro horas de ida y cuatro de regreso– en lugar de una clase de dos horas semanal, dictan una clase de cuatro horas, lunes por medio.

Después de atravesar las diez puertas de hierro, un agente del servicio penitenciario conduce a las profesoras a un aula. En rigor es el salón de la Iglesia Evangélica, que lo cede amablemente para esta actividad. Es un ambiente alargado, húmedo, con unas ventanas muy estrechas en el límite con el techo. Por ellas se cuele algo de luz en un día

primaveral, no tanta como para evitar el tubo fluorescente que nos ilumina. Las paredes allá lejos hace tiempo fueron celestes y blancas como la bandera argentina, pero ahora están despintadas y un poco sucias. En una hay un mural con un paisaje de colores plenos: un arroyo azul, abejitas, ciervos, nubes y un arco iris. Un cartel dice Bienvenidos y otro reza el salmo 27.1 *El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré?*

Llegan los alumnos y se sientan en bancos de madera alrededor de una mesa, que alguien armó con un tablón sobre dos parlantes grandes que ofician de apoyo. Los que van entrando deben tener entre 20 y 40 años. Besan a las profesoras en la mejilla, saludan al resto, se sientan con sigilo. Son hombres de mirada contundente, algunos con tatuajes en los hombros. Casi todos parecen arreglados para una cita. Huelen a *shampoo*, a desodorante. Están recién afeitados y muy peinados, aun tienen el pelo húmedo y la rayita del peine marcada. De jeans, o con pantalones de gimnasia último modelo y zapatillas de alta tecnología, a cual más inmaculada. Deberían venir de la publicidad de jabón en polvo y preguntarles cómo hacen para que estén megablancas.

Mientras las profesoras pegan afiches en la pared algunos estudiantes chequean quién falta de la lista de alumnos del taller. Reclaman a los celadores para que vayan a buscar a esos compañeros a las celdas y pabellones. En los penales ningún alumno llega solo a clase, necesita que lo busque un celador y que los guardias les vayan abriendo cada puerta con la llave mágica. Todavía está demasiado fresco el recuerdo del motín de Santiago del Estero, donde 31 reclusos murieron asfixiados al quemar colchones como forma de reclamo y fueron reprimidos por los guardias. Pasó hace unas semanas y desde ese día el régimen se endureció: si no los llaman, ellos no pueden salir. Por otras vías también se sabe que en algunos penales se sanciona a los internos prohibiéndoles asistir a una clase, sin avisarles que llegaron los docentes.

Hoy en San Nicolás una atmósfera cordial y provinciana parece teñir el día del taller. El personal de seguridad se muestra afable, y hasta celebra la idea de que esta experiencia se convierta en parte de una crónica. Eso sí, preguntan dónde está el alemán, el periodista alemán de la fundación alemana que iba a venir a hacer una nota y les cuento que el alemán vengo a ser yo, la cronista.

En el aula: unos alumnos preparan mate, otros hacen chistes. Cuando llega la primera alumna mujer y saca su cuaderno de una cartera tejida por ella misma, revolotean bromas y miradas. La recién llegada se llama Sol, tiene veintipico, la piel muy clara, el pelo atado en una colita, una voz potente. Dice:

-Es la primera vez que tenemos un curso mixto. Y eso es un logro. Antes la misa en la capilla era la única actividad compartida entre internas e internos. Pero se cortó. Solamente los actos son mixtos.

Las profesoras asienten: "que haya gente de diferentes sexos es un aspecto que los motiva, ayuda a que se desenvuelvan de otra manera entre sus pares. Esto en los

circuitos de los penales no es lo habitual”, comenta Natalia Zapata. Natalia, además de profesora, es una piedra fundamental del origen del proyecto global.

Mientras los alumnos terminan de llegar me cuenta que en el 2005 ella trabajaba en el área de prensa del ministerio de Justicia y presentó un proyecto para gestionar un taller de radio en la unidad penal N° 9 de La Plata. El entusiasmo de los internos que participaron y luego la asunción de un nuevo jefe en el área de prensa, conspiraron para cristalizar un convenio de trabajo a un nivel más amplio y codo a codo con la UNLP. Así se firmó un acuerdo por dos años que equivale a dictar talleres de radio y de comunicación gráfica, de dieciséis clases cada uno (un cuatrimestre), en unidades penales de la provincia de Buenos Aires. Todos los cursos los dictan docentes, graduados y alumnos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, seleccionados a través de un concurso convocado por la universidad.

La guerra de los mundos

La clase de hoy se mete con el guión de los radioteatros. En la pared hay un papel afiche rojo con dos columnas bien marcadas: operador y conducción. Es el guión de “Martes al palo”, programa de los internos de otra unidad penal, la 9 de la Plata, elaborado en un taller de radio que dictaron estas docentes. También hay un afiche amarillo con el guión de “La Guerra de los Mundos”. Toca repasar conceptos de la clase anterior. Mercedes Nieto pregunta:

-¿Se acuerdan qué es la artística?

-La hermana del artístico.

(Risas)

-La identidad de un programa, suelta alguien.

Después de un paseo rápido por temas anteriores, la clase se concentra en el afiche amarillo.

-¿Les suena “La Guerra de los Mundos”?, pregunta Yamila Barrera.

Sí. Uno de los alumnos menciona el episodio en que Orson Welles leyó por radio una novela donde los extraterrestres invadían la tierra. Otro cuenta a sus compañeros que alguna gente al escuchar esto quedó tan impactada que se suicidó. Las profes amplían: que fue en 1938, que uno era el novelista HG Wells que escribió el libro y otro era Orson Welles, un joven que hacía radio, como ellos, y transformó la novela en guión.

Circulan hojas con ejemplos de guiones. Hay que dividirse en grupos para grabar.

-Yo hoy ando bajoneado. No tengo ganas de actuar. Si quieren cebo mate o pongo música, dice uno de los alumnos, bajito y con pantalones de vestir, chaleco y camisa a cuadros, y se acerca a la mesa donde además de cuadernos y hojas y lápices hay paquetes de yerba y un termo.

A un grupo le toca “La Guerra de los Mundos”. Para ambientar el ruido de explosión, entre varios sacuden los bancos contra el piso. A otro grupo le toca el guión de “Los 18 de Miguel”.

-¿Arrancamos? Uno, dos, tres, silencio en la sala, pide una de las docentes y otra se para en un rincón con el diminuto grabador digital en la mano. Un grupo de cinco muchachos la rodean. El cebador de mate se ubica junto al equipo de música portátil y le da *play* a la cumbia “Apretaditos” que llena el aula a todo volumen. Viéndolos así, tan concentrados con la hoja del guión en la mano y la vista clavada ahí, uno señalando a quién le toca el turno de hablar, otro subiendo y bajando el volumen de la cumbia para dar ritmo al relato, cada uno en su personaje, parecen actores profesionales. Pero son apenas algunos y algunas de las 55.423 personas que están detenidas en las unidades penales de la Argentina, según cifras del 2005 del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) y la Subsecretaría de Política Criminal del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Apenas tres años antes las personas privadas de su libertad eran 44.969 en el país. En los últimos años las cárceles se superpoblaron. Si en el 2002 la tasa de delincuencia y hechos delictuosos registrados por Policía, Gendarmería y Prefectura a nivel país marcaba un delito cada 370 habitantes, en el 2005 (año de las últimas cifras oficiales disponibles) la tasa de delitos pasó a ser de uno por cada 332 ciudadanos. La provincia de Buenos Aires resultó el distrito con peor promedio: registró una tasa de un delito cada 173 habitantes.

-Esta es la historia trágica de Miguel, lee un pelado de treinta y pico, ojos claros, nariz con forma de pico. Lleva varias pulseritas de hilo en las muñecas y viste remera negra *Reebok* con una enorme estampa que dice *Running*.

“Los 18 de Miguel” es un guión de los internos de la Unidad N° 9 de La Plata. Cuenta la historia de un pibe que acaba de salir de la cárcel justo para su aniversario número 18. En la fiesta de cumpleaños, el pibe Miguel le dice al padre:

-Salgo de estar en *naca*, no robo más

El que maneja la música sube el volumen. La tentación acecha a Miguel.

-Ey, vos, che, ¿no tené para fumar?

Miguel y sus amigos suben a un auto y van a cargar combustible. Asaltan la estación de servicio. Se oyen sirenas y tiros. Quedan detenidos por la policía. Cada línea del guión está bien interpretada. Los cinco que leen improvisan comentarios, inventan sonidos para dar verosimilitud a la situación. Saben de qué hablan. Le ponen garra.

-¡Hermano, Tamo hasta las bola!

-Ey cabo, ¿no tiene para fumar?

La clase estalla en risas. A la grabación en vivo de radioteatros le sigue la escucha de un programa grabado en otro penal. Suena la música de la cortina, donde los

Redonditos de Ricota cantan “¡deténganme! ¡deténganos!” de su famoso tema “Todo preso es político”.

El guión de Miguel se mete con uno de los temas que más preocupan a los que pasaron una, dos o más veces por la situación de encierro: la salida en libertad. La inquietud tiene lógica. Del total de hechos delictivos a nivel país computados por el Registro Nacional de Reincidencia y el Sistema Nacional de Información Criminal (SNIC), apenas el 2,7 % de los delitos recibe una sentencia condenatoria. Y uno de cada tres condenados son reincidentes.

La buena nueva es que las personas que estudian en la cárcel tienen mejores chances de insertarse socialmente al recuperar su libertad. Entre los alumnos que han participado del Programa UBA (Universidad de Buenos Aires) XXI de Educación Superior en cárceles se registra una tasa de reincidencia menor al 3%, es decir sólo tres de cada cien internos. De esta experiencia de la UNLP aún no existen datos estadísticos.

De tigre a ser humano

Hoy es un día especialmente feliz para José Ruiz Díaz, alumno del taller de radio sentado alrededor de la mesa. Acaban de hacerle uno de los exámenes psicológicos previos a la recuperación de la libertad. Al igual que la mayoría de la población de las cárceles argentinas José Ruiz Díaz –22 años, ojos azules, tez cobriza, corte de pelo a lo Meteoro y chomba piqué a rayas celestes– proviene de los sectores de pobreza estructural. Está preso acusado de ser cómplice en el asalto a una fábrica de la zona. Su padre trabaja como personal de mantenimiento en un *country* de Pilar y su madre en una casa de familia. Recuerda José que su papá siempre fue tan pero tan honesto y trabajador que era capaz de caminar 10 kilómetros si un día no tenía para pagar el boleto de tren que lo llevara al trabajo.

José tiene un hijo de 2 años y una mujer, y casi siempre vivió en Del Viso, una localidad de la provincia de Buenos Aires donde en los últimos años han crecido los barrios cerrados por un lado y la pobreza por otro. Ahí siguen viviendo sus padres. Un día José tuvo una revelación: algunos pibes del barrio vivían de otra manera. Tenían una moto en la puerta de la casa y una heladera llena esperándolos adentro. Él en un momento quiso ser como ellos: ir por la fácil, dice ahora, porque en los interminables días que lleva detenido tiene tiempo para pensar en estas cosas y en cuanto extraña tomar mate con su madre.

La cárcel es uno de los pocos sitios del país donde se permite fumar a puertas cerradas. A esta altura de la tarde en la mesa somos unas veinte personas y varios paquetes de Marlboro. Casi todas fuman. Estamos encerrados con llave, las ventanas superiores son muy pequeñas y el aire está hecho de puras moléculas de nicotina. El mate lavado y amargo nos hace bien.

-¿Cómo se sienten en el taller?

-Acá cebo mate y no me siento gato. En mi pabellón, yo no le cebo mate a todos: sólo me junto con mi *rancho*. Pero acá me olvido que estoy preso.

-Esto nos relaja...pesar de que hay mujeres, dice alguien y todos se ríen.

-En los pabellones nos hacemos los rebeldes: nos cortamos los brazos, nos cosemos la boca. Es nuestra manera de hablar, de gritar. Acá podemos expresarnos.

-Acá vemos la capacidad que tenemos dentro y que podemos desarrollar.

-Cuando uno está preso, está todo el tiempo pensando en delinquir. Esto en cambio nos pone a pensar en otras cosas. Imaginate: yo es la cuarta vez que estoy.

-Acá me distraigo, me gusta hablar con las profesoras, que usan otro vocabulario, no el *tumbero*.

-Clase a clase nos vamos soltando, fuimos perdiendo vergüenza, dice el pelado *Running*.

-Acá viene un violín y se lo deja vivir. Aflojás la coraza. Capacitás tu mente. En el pabellón ponés cara de tigre.

-Está bueno un taller así porque uno puede ver que está apto para salir sin berretines-, dice José Ruiz Díaz.

Maxi es un joven de 32 años, buzo a rayas, cuerpo de *rugbier*. Acá adentro se entregó a Dios y a un tratamiento contra su adicción a la cocaína. Cree que: "es posible no quedarse de brazos cruzados en la celda. Acá podés hacer lo mismo que en la calle. Es fácil armar una *facá*. Lo difícil es no usar esas armas, no quedarte sólo en el diálogo *tumbero*, usar otras armas para expresarte y salir a la calle".

Ya transcurrieron más de tres horas de clase. Las profesoras les mostraron cds con efectos, *casting* de locutores y ahora hablan sobre el programa final que van a hacer entre todos. Quieren llamarlo "El grito del mudo". Escuchan una emisión producida en otra unidad penal. Mercedes, la docente, les cuenta que el cuatrimestre pasado los alumnos del taller de la Unidad 9 pasaron el programa por radio Estación Sur y radio Futura.

La charla salta a los medios de comunicación. Los presos, dicen están de moda en la pantalla de la televisión argentina, donde más de un programa los exprime con preguntas ridículas hasta que sangran *rating*.

-Yo esos programas no los veo porque tengo hijos.

-La tele hace plata con los presos.

-No muestra a los que van a los cursos. O el esfuerzo que hace una visita para venir a vernos. O a los que terminan la primaria.

Todos están de acuerdo: el caso del programa "El Puente", conducido por un interno de la Unidad 18 que se enganchó a estudiar y un periodista del Servicio

Penitenciario Bonaerense, es diferente. Su padrino es el actor Gastón Pauls. Se emite por radio provincia, AM 1270, los jueves de 21 a 23hs y toca los temas que hoy sobrevuelan esta mesa y estas celdas: el poder judicial, sus derechos a tener educación, salud, un alimento digno; el Patronato de Liberados (institución que trabaja con ellos en la etapa pre y posliberatoria y que los presos cuestionan).

Ellos tienen temas parecidos que quieren incluir en el programa final: hablar del Sida, dicen, de la tuberculosis.

-De que yo cobro \$8,20 (menos de tres dólares) al mes por ocuparme de la limpieza del pabellón, dice una de las chicas.

-De cómo en los últimos tiempos se habla tanto de la inseguridad.

-Fíjese la cantidad de cárceles que se abrieron en los últimos tiempos y no de escuelas.

Las profesoras les dejan la tarea para la próxima clase. Ellas y ellos toman nota. Nos despedimos. Me alcanzan un papel donde alguien escribió en letra imprenta: "Yo creo que la inseguridad hoy es la falta de educación, la falta de atención del Estado hacia los más necesitados, la falta de fuentes de trabajo y la falta de verdad de todas las promesas sin cumplir. La ignorancia es el condimento fundamental que junto con la desocupación y el abandono hacen a la inseguridad", Luis Cáceres, 39 años.

Los ejes del proyecto

Mientras desandamos las diez puertas con cerrojos hasta la puerta de la calle, Natalia Zapata me cuenta que cuando empezó el taller, muchos de los alumnos se acercaban por primera vez al área de Educación de la cárcel. Si bien en esta unidad penal hay clases para quienes quieran terminar la escuela primaria o secundaria, y cursos de formación profesional, este es un taller distinto.

-Hoy los que concurren están muy satisfechos. Cuando empezamos creían que debían presentar un título, pero se les explicó que era un curso abierto a todos. Si bien una de las ideas a largo plazo es poder implementar la carrera de Comunicación en las cárceles, anticipa Natalia.

Antes de salir a la calle, Miguel Ángel Libares, director del penal; Raúl Galeano, subdirector de seguridad; y Juan Carlos Recalde, subdirector de administración, señalan: "Todo lo que los saque del encierro es positivo. Contribuye a la preparación y reinserción. Es una herramienta más. No tienen trabajo y tienen problemas hasta los que no delinquen. Afuera es muy difícil", dicen. El director del penal confiesa que cuando empezó el taller tenía sus dudas, ¿iba a funcionar? "Hoy la verdad es que no se quieren ir".

El primer año el proyecto "Comunicación en cárceles" se inició en cinco unidades y la cantidad de internos que participaron sorprendió incluso al Ministerio de Justicia, que sabía que podía ser atractivo pero no imaginaba que iba a despertar tanto interés.

Del primer taller en el año 2005 el Ministerio seleccionó a Ernesto Bonifacio –hoy en libertad– que se convirtió en el primer interno en salir de una unidad penitenciaria a conducir un programa de radio, “El Puente”. Este año el Ministerio eligió a Héctor Ibáñez, interno de la unidad 12 de Gorina, para trabajar en el mismo programa.

Una fuente del Ministerio de Justicia que alegando perfil bajo pidió mantener su nombre en reserva, señaló que “más allá de que ‘El Puente’ es producido por los equipos de prensa del Ministerio y del SPB, es el primer resultado de estos talleres. Aunque no todos conducen, tratamos de que participen contando sus historias de vida y entrevistándolos”.

La otra pata fuerte del proyecto es la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, casa académica pionera en la enseñanza del periodismo en América Latina. En la Secretaría de Derechos Humanos (DDHH) de la Facultad, Jorge Jaunarena –docente, investigador y coordinador de “Comunicación en cárceles”– está atareado. El proyecto no se limita a los talleres con los internos. “Para que esto funcione, parte del convenio fue ofrecer desde la Facultad una capacitación en Planificación Comunicacional para los agentes del Servicio Penitenciario Bonaerense”, cuenta Jaunarena. El equipo de la Facultad lo dicta en la escuela del SPB. Su fin es mejorar la comunicación intracarcelaria y diseñar estrategias que rompan con las falencias que se diagnosticaron en un análisis de cómo circula la comunicación en esta institución. Jaunarena realiza “el grado de apertura que significa que esta iniciativa la motorice el Ministerio de Justicia, dando a un colectivo tan marginado –como el de los presos y presas– la posibilidad de potenciar las capacidades de expresión y de brindar herramientas nuevas para la inserción social”.

La Secretaría de DDHH de la Facultad sincroniza pedagógicamente al equipo de 35 personas (entre docentes de radio y periodismo gráfico) en su mayoría profesores, graduados o estudiantes de la carrera y también las acciones con el Ministerio de Justicia y el SPB. Desde que arrancó el proyecto, en el 2006, esta alianza estratégica ha producido con los internos de diferentes penales varios programas de radio y cinco diarios de 1000 ejemplares por tirada.

2. Los Hornos: Letras Libres

Lo que llama la atención es el dibujo de tapa. Aunque el formato de la revista ya anticipa una producción diferente: un periódico pequeño en papel obra, blanco y negro, ocho páginas a 19 centímetros de alto por 28 de ancho. Se llama “Ventana hacia la Libertad” y la palabra Libertad está escrita con letras inmensas. Es la publicación realizada por alumnos de la Unidad N° 9 de La Plata en el taller de periodismo gráfico en cárceles de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

El dibujo de la tapa es un hombre sentado de espalda, con un libro abierto sobre un escritorio. En lo alto de la habitación se ve una ventana enrejada. Las páginas del libro se van desdibujando y adoptan la forma de una paloma. El dibujo grafica cómo esa

paloma levanta vuelo del libro del escritorio hasta la ventana y atraviesa los barrotes de la ¿jaula? En la tapa también hay un cartelito que dice “Estado de Derecho. Respetemos la Constitución Nacional, artículos 14 y 18, Pactos y Tratados Internacionales”.

La nota que abre la revista acusa desde el título: “Cárceles, educación y un estado ausente”. En el texto Matías Dimicroff, uno de los alumnos devenidos en periodistas, escribió cosas así:

“Hoy en las cárceles bonaerenses hay aproximadamente 400 presos que estudian una carrera universitaria de un total de 30.000 personas privadas de la libertad (se refiere a población penal de la provincia). Cuando yo ingresé al sistema carcelario hace dos años los estudiantes no eran más de 50 y desde ese momento gracias a unas personas que se acercaron en forma voluntaria, desinteresada y también con el trabajo y compromiso de los presos estudiantes crecimos, entendiendo que la única manera de cambiar la realidad (comenzando por nuestras vidas) es a través de la educación, tratando de dejar un destello de luz donde lo único que predomina es la sombra”.

“Pero todo esto se logró sin ayuda del Estado, con muchos obstáculos, porque muchos no entienden que éste es el único camino posible a la resocialización”.

“Me pregunto si el Estado hubiera ayudado o facilitado medios para que en las cárceles se pueda estudiar, me atrevo a decir que los estudiantes serían 4000 y el nivel de reincidencia sería mucho menor. Así estaríamos en el verdadero camino de la resocialización”.

“Evidentemente el sistema carcelario ya no sólo no socializa sino que inclusive la gente que entra a una cárcel se sumerge en un mundo de violencia y de odio que al poco tiempo pierde los rasgos de humanidad. Esto se refleja en los hechos delictivos, que está de más decir que son cada vez más violentos y con más odio. Parecería que esta gente no fue a robar sino a buscar venganza producto de un ritmo de vida que les impuso la cárcel desde que eran muy chicos (...) Desde que eran muy chiquitos que el Estado los abandonó, porque los condenó a la marginalidad y luego los institucionalizó en un sistema de violencia y odio del cual es muy difícil salir. (...) ¿Hacía falta llegar a la cárcel para estudiar una carrera?”

El tema de la educación como ventana y puente toma la forma de una nota importante en todas las publicaciones que los alumnos de este proyecto elaboran como trabajo final. Los de la Unidad N° 8 de Gorina llamaron a su periódico “Libres de Expresión”. “Exportando sueños” se llamó el de los alumnos del taller de la unidad N° 36 de Magdalena. Todos escriben de lo mismo que se habla las 24 horas de los días en las prisiones argentinas: sobre las oportunidades, los errores cometidos, el

derecho a la justicia y a la educación. Pero también sobre la importancia de que el país tenga memoria (hay una nota sobre Abuelas y Madres de la Plaza de Mayo), del trabajo solidario (“me gustaría tener un taller aquí para hacer artesanías y juegos didácticos para los chicos que más lo necesitan”, dice una carta de lectores del Día del Niño), del paco (droga), de los chicos de la calle, de la pobreza, de los inmigrantes, de las peliцulosas vidas de estos alumnos, de la discriminación que sienten como una mirada oscura sobre sus hombros y de la que no se libran ni en la reinserción.

Basta abrir “Páginas Libres”, la revista de las alumnas de la Unidad N° 33 de los Hornos, para entender con lujo de detalles por qué una de estas publicaciones pide desde la tapa que se respeten los artículos 14 y 18 de la Constitución Nacional. El art. 18 en una de sus líneas, dice:

“Las cárceles de la Nación serán sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los reos detenidos en ellas, y toda medida que a pretexto de precaución conduzca a mortificarlos más allá de lo que aquélla exija, hará responsable al juez que la autorice”.

La muerte de Yoel

Hay una nota que nunca se tendría que haber escrito. Es la nota de tapa de Páginas Libres, la publicación de las mujeres del taller de comunicación gráfica de la Unidad de mujeres N° 33 de Los Hornos. “Madres tras las rejas” reza el título y el copete avisa: en la Unidad 33 las mujeres pueden vivir con sus hijos hasta que cumplen los 4 años. La muerte de un bebé impulsó el debate sobre este tema.

El tema en cuestión está contado en una nota de Gladis Díaz Miño, alumna del taller que se dictó por la misma época que ocurrió la muerte del bebé.

“El pasado 17 de julio de 2007 sucedió un penoso hecho que podría haberse evitado en la Unidad 33: Yoel, un bebé de cinco meses, murió luego de que la madre reclamara por la atención médica. Según las autoridades el bebé murió por muerte súbita, mientras que las internas afirman que falleció por una bronquiolitis avanzada. Al igual que en el año 2006, cuando hicieron una huelga de hambre, las internas realizaron un reclamo por los escasos recursos con los que cuenta el sector de sanidad de la Unidad 33”.

La noticia casi no apareció en los medios masivos de comunicación. Pero corrió rápido por los pasillos desolados de los penales. Entre las mujeres de ésta y de otras cárceles, aun es motivo de charlas candentes, me cuenta María Laura Sottile, una de las docentes de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP que dictó ese taller en la Unidad N° 33 y ahora dicta otro en una cárcel vecina: la Unidad N° 8 del Complejo Central Femenino de Los Hornos.

Los Hornos es una localidad a quince minutos de la ciudad de La Plata, en la provincia de Buenos Aires. Hace diez años saltó a los medios de comunicación por una serie de allanamientos y detenciones de vecinos, hoy condenados por participar

en el crimen del fotógrafo José Luis Cabezas. Los Hornos conoció mejores épocas de su industria ladrillera –a la que debe su nombre–. Hoy aloja a algunas pequeñas empresas de metalurgia, talleres, un grupo de vecinos que reclaman seguridad desde la página web del barrio y el Complejo Central Femenino. Consta de la Unidad N° 33 y la N° 8, separadas entre sí por unos pocos metros. Por eso, el día que Yoel agonizaba y no había una ambulancia disponible para trasladar al bebé, las dos cárceles se encendieron de bronca y de impotencia.

En las dos semanas posteriores ni María Laura Sottile ni Alberto Mendoza Padilla ni Virginia Mársico dictaron el taller de periodismo gráfico: las autoridades prefirieron que no entraran al penal para garantizar su seguridad, cuentan ahora que vamos en auto, camino a la Unidad N° 8.

Por fuera es como todos los penales: un edificio en bloque, sin estilo ni belleza, al que no le vendría mal una mano de pintura. El acceso requiere un permiso que debe ser tramitado y chequeado varias veces antes de aventurarse, lo mismo que en otros penales. Hay que dejar el documento de identidad en la entrada y el teléfono móvil, y firmar unos formularios a medida que se atraviesan diferentes puertas.

Por dentro todo está hecho de una red de pasillos pintados mitad de azul marino y mitad blanco. Muchas rejas y cerrojos que se abren y cierran bajo la atenta mirada de las agentes del Servicio Penitenciario Bonaerense, de estricto uniforme: pantalón y chaqueta de un azul grisáceo y gastado, borceguíes (botas rústicas cortas de cuero con suela tractor) y el pelo recogido.

Mujeres en el atelier

Al llegar al “atelier”, como le dicen a la sala donde las internas se juntan para los talleres, no hay nadie sentado en la mesa grande pero el aire ya huele a encierro y a cigarrillo. Hay dos computadoras y una impresora: la base de operaciones donde ellas tratan de sacar adelante sus causas penales, imprimen los escritos, piden audiencias, porque la mayoría de las mujeres detenidas no tienen abogado particular sino defensor oficial. También, por el sólo hecho de su condición de género, reciben menos visitas que un varón y, en general, cuentan con menos apoyo y contención familiar, me explican los docentes que hoy acá dictan el taller de periodismo gráfico.

En un estante se apilan libros variados: cuentos de Tolstoi, un curso de inglés multimedia. El atelier dispone de un baño y una hornalla donde calentar el agua para el mate. “Este espacio físico es un lugar ganado por las internas, a diferencia de otros penales, acá están muy organizadas”, dice Alberto Mendoza Padilla. La clase del día es una reunión de sumario, donde las chicas van a terminar de delinear y repartirse los temas a desarrollar para el trabajo final del taller: la publicación, que aún no tiene nombre. En el pizarrón verde ya anotaron algunas temáticas:

Salud: VIH/SIDA, Conductas adictivas

Sección Literaria: Cuentos y poesías

Patronato de Liberados

Embarazo: El testimonio de mi decisión

Una de las primeras en llegar es una chica embarazada que prefiere no aparecer con su nombre. Veintipico, el cutis blanco, el pelo castaño y radiante de las embarazadas, las cejas finitas, delgada, saludable, remera negra que dice *Amour du Coeur*, pantalones de gimnasia y zapatillas naranjas. Saluda muy alegre y se sienta con entusiasmo frente a una computadora. Termina de escribir su columna sobre la esperanza que le dispara ese retoño que anida en su vientre.

-¡Holaaaa! ¿Saben que me saqué el primer premio en la categoría de cuento y el primer premio en poesía del concurso del *Rotary Club* de La Plata?, grita una de las chicas que entra al atelier, exultante. Le dicen La Tana, la remera *Nike* sin mangas deja ver unos brazos llenos de tatuajes.

Junto con tres chicas más, todas de equipo de gimnasia, llega una alumna nueva. Debe ser la mayor de todas, una flaca de treinta y pico, el pelo largo y lacio con reflejos rubios, la piel *doree* y los ojos verde esmeralda.

-Es la primera vez que vengo a periodismo. Sé lo que hacen porque las chicas siempre me cuentan. Que la gente se tome la molestia y el tiempo de llegar a nosotras ya me parece un gesto de cariño, dice la flaca. Las internas de la Unidad N° 8 tienen la posibilidad de iniciar o continuar con sus estudios primarios y secundarios. Por estos días, La Flaca termina el secundario y le tiene pánico al tiempo libre.

Sentadas alrededor de la mesa, parecen el equipo femenino de *volley* planeando la estrategia del próximo partido. Los docentes me comentan que se trata de un curso con pocas alumnas, no más de ocho, pero muy comprometidas con aprovechar la escritura para tratar "sus temas".

-Acá tienen la libertad de apropiarse de este espacio, donde comparten y reflexionan sobre sus historias de vida, por ejemplo la situación del encierro siendo madres, dice Alberto Mendoza Padilla.

-Tienen una visión crítica y lúcida, y cada vez que sale un tema que les interesa, lo investigan y se adueñan de él, agrega María Laura Sottile.

Como en cualquier redacción profesional, en los últimos tiempos les tocó trabajar duro con la elección presidencial de la que salió victoriosa Cristina Fernández de Kirchner. Para casi todo el país fue una elección aburrida y predecible. Para las personas privadas de su libertad fue una elección histórica: por primera vez tuvieron derecho a emitir su voto. 20.000 personas procesadas estuvieron en condiciones de votar en la Argentina gracias a un pronunciamiento de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, que derogó un inciso que excluía del padrón a todos los detenidos por orden de un juez competente.

“Páginas Libres”, de la unidad vecina, informó acerca de ese logro. Pero también aclaró: los condenados siguen sin poder votar. El detalle ahora desata la polémica en este taller.

-Te condenan y para la sociedad estás muerta, se queja La Flaca.

-Hay que investigar de dónde sale eso. Estamos privadas de libertad, pero seguimos siendo ciudadanas, aunque hayamos cometido un error.

-Somos 147 internas, habían 90 empadronadas y votaron 33. La mayoría no llegó a obtener el documento de identidad, agrega una niña de cabello lacio, ropa deportiva y modales de princesa.

La Tana dice que esta semana escribió una columna de opinión. Modula la voz y la lee en voz alta: “El título es Medios Televisivos en las Cárcels. Queremos manifestar por este medio nuestra gran indignación a todos los programas televisivos, a aquellas autoridades que permiten el ingreso de los mismos y a los ignorantes que se prestan ante las cámaras. (...) Le pedimos a la sociedad que no compre todo lo que la tevé está vendiendo. Subestiman nuestros deseos y voluntad de progresar”. El texto de La Tana se pregunta por qué el mismo día que falleció un bebé en la unidad N° 33, el conductor del programa televisivo “Cárcels”, llegó al complejo de Los Hornos a filmar una boda entre internos y por más que las presas lo pusieron al tanto de lo que acababa de pasar con el bebé, el programa ignoró el tema.

“¿Por qué no hablan de que se violan nuestros derechos y garantías? Si bien no escapa del conocimiento de los medios éstas y muchas cosas que ocurren a diario en los penales, quiero hacerles saber que estamos privados de libertad pero somos libres de expresar lo que pensamos de ustedes”, lee La Tana. Aplausos.

Entre mates dulces, carpetas, bizcochitos de grasa y cigarrillos, un clima de intimidad y producción parece haberse derramado en la mesa. Brotan más temas para investigar, escribir, publicar. Una morena con rasgos del altiplano y remera *Adidas*, tira otra munición al debate: el trabajo al salir de la cárcel. La morena está detenida hace tres años, tiene una nena de seis y cuando salga, dice, quizás acepte hacer manualmente bolsas de residuos. Adentro de la cárcel muchas internas lo hacen a 0,04 centavos la bolsita. Ella no.

-¿Por qué afuera lo aceptarías y acá no? Le pregunta una de sus compañeras.

-Acá somos mano de obra muy barata.

-Acá hay gente que trabaja doce horas diarias y cobra 280 pesos (90 dólares) por quincena.

-Yo trabajo y mirá, me dan la plata en una boleta escrita con birome, me muestra una de las chicas. Por un mes cobró 7,50 pesos: menos de tres dólares. Raro es que esto ya no le sorprenda demasiado a nadie.

-¿Y de qué pueden trabajar afuera?

-Armando cajas o lapiceras, tal vez.

María Laura Sottile les cuenta que los alumnos del taller de periodismo de Gorina les pidieron ayuda para elaborar un proyecto solicitando al Patronato de Liberados que financie un emprendimiento de venta de artículos de limpieza.

-¡Estos talleres se tendrían que haber dado hace rato! dice una de las chicas.

La Tana lee un texto sobre su experiencia como adicta en recuperación. Tiene qué decir.

-Yo quiero aprovechar estos talleres para mi salida definitiva, confiesa.

-Yo el derecho que quiero es a tener derechos.

La Flaca cuenta que quiere ir a la universidad en la Unidad N° 45, donde hay un programa educativo universitario. Y entre risas y tareas para la próxima, la clase llega a su fin.

En el Ministerio de Justicia dicen que estos talleres son una herramienta para mejorar la comunicación intra y extramuros: han impulsado la interacción de los internos con los docentes y la apertura hacia la sociedad. Pero en la oficina que coordina todo el proyecto celebran otro logro: al terminar el 2007 hay más de sesenta internos en cárceles de la provincia de Buenos Aires que se inscribieron en la carrera de Periodismo y Comunicación Social. La idea es que cursen a través de algunas alianzas que se están llevando a cabo con la UNLP. Pero hay obstáculos:

Uno: son muy pocas las materias de la carrera que se pueden rendir libres. Y algo difíciles.

Dos: el Ministerio de Justicia no tiene infraestructura ni presupuesto para que todos los internos se desplacen a la Facultad a cursar.

Tres: un preso que concurría a estudiar en la Facultad de Derecho y se dio a la fuga, puso en jaque las pequeñas libertades ganadas.

Entre los planes de la Secretaría de DDHH de la UNLP está para el próximo año, además de dictar otro cuatrimestre de talleres y gestionar nuevos convenios, medir el impacto de este proyecto en las cárceles. Como balance, Jaunarena destaca el rol de los docentes: "Para ellos se abrió un mundo nuevo al tomar contacto con los internos. Y al principio, cuando el sistema no estaba tan aceitado, les tocó soportar situaciones muy difíciles: requisas feas, esperas de 45 minutos para que les bajaran los alumnos al aula o convocatorias al taller que llegaban distorsionadas a los internos. Pero con todo, salieron adelante".

Hoy la Facultad de Periodismo y Comunicación Social analiza cómo armar una unidad educativa en la Unidad penal N° 45 de Melchor Romero. "Ya quedó claro que 'adentro' hay excelentes periodistas y escritores, con producciones brillantes, de una carga emotiva y expresividad que se perciben enseguida. Ellos disponen de mucho

tiempo para pensar y lo que cuentan es fuerte y profundo”, se entusiasma Jaunarena. Y asegura que el desafío para el año próximo es que estos diarios y programas tengan mayor circulación y repercusión e intercambio con la sociedad. Hasta ahora se han distribuido entre los internos, sus familias, el Ministerio de Justicia, el SPB y la UNLP.

-Yo pensé que el periodismo era otra cosa, más fría- es una de las frases que más se escucha por estos días entre los alumnos de los talleres.

Y también se escucha que sienten pánico al bendito día en que les toque cruzar –vivir– del otro lado del muro. Pero las mujeres y los hombres privados de su libertad dicen que encontrar una voz propia, en un taller de radio o de expresión gráfica, los fortalece en su identidad. Y los ayuda a encontrar, de cara al futuro, eso que buscan casi todos: un lugar en el mundo.